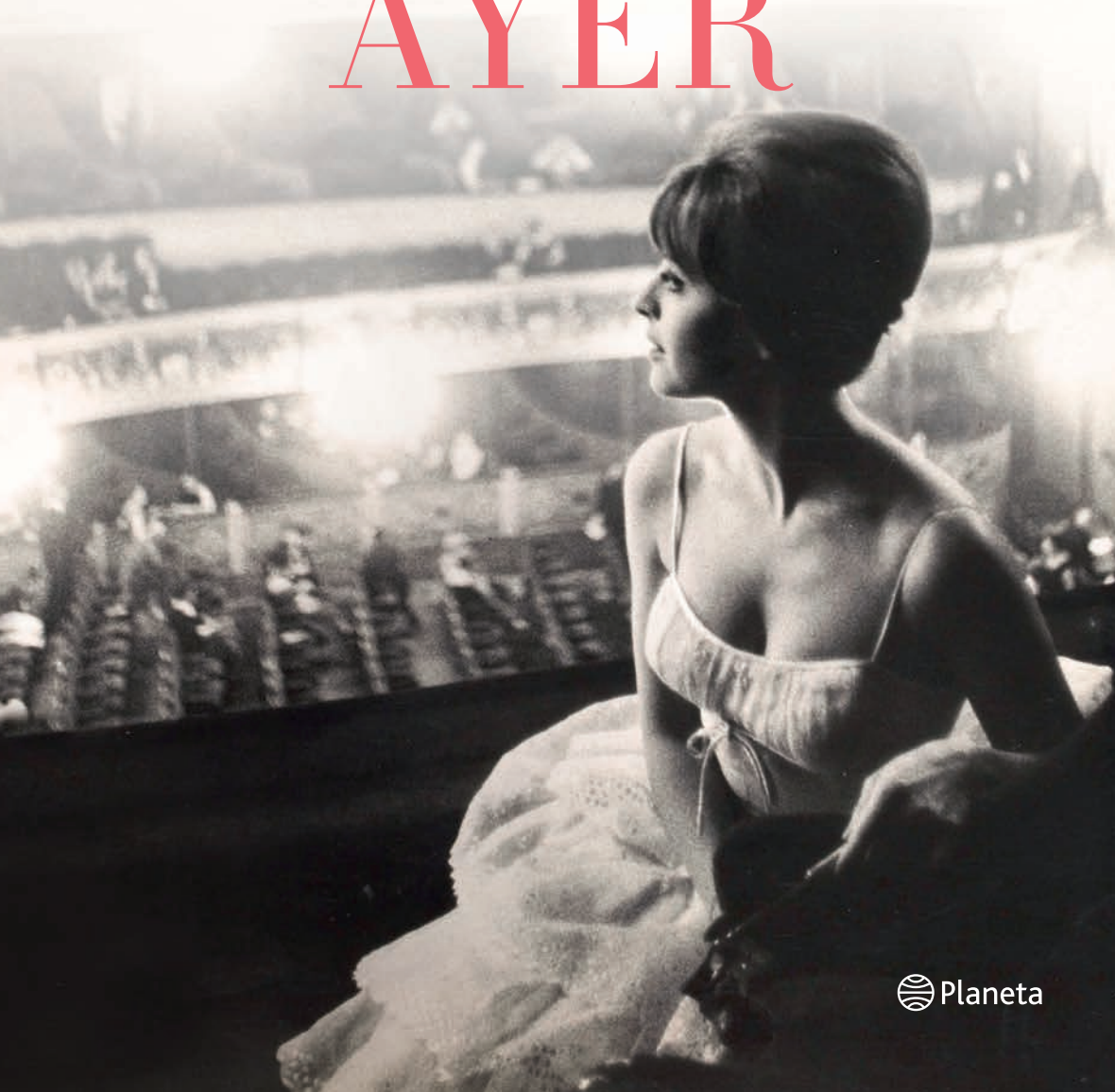


PILAR EYRE

CUANDO
ÉRAMOS
AYER



Pilar Eyre



Cuando éramos ayer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pilar Eyre, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2022
Depósito legal: B. 1.964-2022
ISBN: 978-84-08-25473-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

—José María, tú me conoces bien.

—Hombre, Tomás, sí, desde pequeños.

—Te habrás dado cuenta, entonces, de que estoy arruinado.

El enorme caserón de tres pisos, repleto de valiosas antigüedades y cuadros, rodeado de un inmenso jardín, con vivienda aparte para el guarda y garaje para varios coches, en la calle Escuelas Pías, el metro cuadrado casi más caro de Barcelona como sabía muy bien José María, que era promotor inmobiliario, desmentía la presunta ruina. También sembraban dudas el Patek Philippe de oro que lucía Tomás en la muñeca y su esmoquin, en el que se adivinaban las manos del mejor sastre del paseo de Gracia. Pero José María no se permitió ni una sonrisa y se limitó a llevarse el cigarrillo a la boca emitiendo un sonido que no le comprometía a nada. Ajeno al escepticismo de su flemático interlocutor, Tomás prosiguió, subiendo el tono de voz:

—Arruinado, tal como te lo digo. Desde hace seis años —notable aumento de decibelios—, desde que ese curita, Dios lo tenga en su gloria, me hizo esa gran putada...

—... decir que la mantilla ya no era obligatoria en misa. ¿Ese curita es el papa Juan XXIII?

Tomás fingió no oír la pregunta:

—... desde que cometió ese desatino y ese pecado, por-

que pecado es ir contra los hijos de Dios, nos llevó al desastre. ¡Arruinó mi fábrica de mantillas! ¡Pobre Carmen, pobre Silvia, pobre Queco!, ¡dejó sin pan a mi familia y a centenares de personas! ¡Vamos cuesta abajo sin frenos! ¿Por qué la gente no mide sus palabras? Hablan a tontas y a locas, es que los papas ni siquiera conocen la iconografía cristiana, ¿cómo se apareció la Virgen a los pastorcillos de Fátima? ¿Cómo? Dime.

Era el 22 de octubre de 1968. La casa refulgía como una antorcha, contrastando con los tonos suaves y sugestivos del crepúsculo, mientras esos dos hombres elegantes hablaban en la terraza esperando a sus mujeres para ir al Ritz, al baile de debutantes que se celebraba una vez al año.

Carmen, la mujer de Tomás, estaba terminando de arreglarse en su habitación y la de José María aún no había llegado.

Por la empinada y angosta calle apenas circulaban vehículos y se oían con claridad las campanadas graves de la iglesia de San Vicente de Sarriá, a pesar de que estaba bastante lejos. La chica de servicio, impecablemente vestida con uniforme negro y cofia, apareció llevando una bandeja de plata con unas copas de *champagne* y unos platitos con avellanas y aceitunas. El anfitrión cogió una copa y con ella señaló a la muchacha.

—Rosa, a ver, ¿cómo iba la Virgen en Fátima?

La mujer se apuró ante tal responsabilidad.

—Ay, señorito, yo de eso no sé.

—¿Qué llevaba en el pelo, joder? ¡No es tan difícil! —rugió Tomás fuera de sí, haciendo gestos con las manos alrededor de su cabeza—, ¿cómo sale la Virgen en las estampas?

A Rosa empezaron a temblarle las manos, tintinearón las copas y estuvo a punto de dejar caer la bandeja, pero

José María la cogió, la puso sobre la balaustrada y con una sonrisa que quitaba mordiente a sus palabras le dijo a su amigo:

—Deja en paz a la muchacha, Tomás, ya te contesto yo... Llevaba velo.

Tomás, apaciguado, masculló:

—¿Velo? ¡Mantilla! No te creas que no me he informado. San Pablo, en su carta a los corintios, reprende a una mujer por no llevar velo. ¡San Pablo nada menos, que será santo por algo, digo yo, y este tal Juan no sé cuántos ni es santo ni nada!

—Juan XXIII.

—Era un papa apócrifo y ateo, un endemoniado. ¿Concilio Vaticano II? ¡Concilio arruinafamilias lo llamo yo!

Movió la cabeza un lado y a otro, alargó el labio inferior y por un momento pareció que iba a ponerse a llorar. Y es que Tomás Muntaner respiraba por la herida.

Quando el papa Juan XXIII inauguró el Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, dio a entender que ya no era obligatorio que las mujeres se cubrieran la cabeza en la iglesia. Era domingo, el día anterior Tomás tenía más pedidos de los que podían atender, ¡y el lunes estaba arruinado! Y no solamente su empresa, sino las cuarenta y siete que existían en España, las cuarenta de Italia, las veintisiete de Francia... En los almacenes de «Muntaner y hermanos. Fábrica de velos y mantillas, blondas, tules, especialidad en lutos y pañuelos de seda», es decir, la fábrica de Tomás, los fardos destinados a los mayoristas europeos, que cancelaron sus pedidos inmediatamente, se tuvieron que vender a un precio muy inferior a países sudamericanos, México y las comunidades católicas de Estados Unidos que continuaron aferradas al velo y al latín, sin dejarse conta-

minar por costumbres modernas y pecaminosas, por mucho que el papa yeyé, como lo llamaban las revistas, las hubiera aprobado.

¡Estados Unidos! Ahí el negocio estuvo a punto de reverdecer laureles y remontar a alturas estratosféricas. Porque a Tomás, que se consideraba un genio de la publicidad entre otras muchas cosas, cuando se enteró de que habían matado a Kennedy, se le había ocurrido una idea audaz que tuvo que poner en práctica de manera inmediata. Consiguió que el embajador Garrigues le hiciera llegar a Jackie (así la llamaba él, como si fueran amigos) una mantilla para cubrirse en las exequias fúnebres de su marido. Tomás había esperado esa ceremonia con el ansia del que espera el sorteo de Navidad que lo tiene que sacar de la miseria. ¿La llevaría? ¿No la llevaría? Quizás tendría una mantilla familiar o preferiría incluso recurrir a uno de sus sombreritos; por muy católica que fuera, eran más de su estilo. Él, que apenas probaba los cigarrillos, el día del funeral se fumó un paquete entero.

Se sentó delante del aparato de televisión a la hora del telediario, mordiéndose las uñas, Jesús Álvarez daba paso con gravedad a las imágenes del entierro del presidente asesinado, «Su viuda enlutada de la cabeza a los pies y con el rostro cubierto por un velo...». Tomás se acercó a la pantalla y vio en la tela el característico ribete de todos sus productos. Lo llevaba, ¡era el suyo y lo llevaba!

—¡De Muntaner y hermanos! ¡De Muntaner y hermanos!

Se puso a gritar como un loco y se hincó de rodillas dando gracias a Dios, ¡lo había conseguido! ¡Había clavado una pica en Flandes! Ese día, Tomás era la única persona frente al televisor que lloraba, no por la pena de que hubieran asesinado al presidente estadounidense, sino porque su «género» estuviera cubriendo la cabeza más fa-

mosa del mundo. ¡Todo el planeta había visto a la viuda enlutada, con el velo ocultando su rostro lloroso! Había aparecido en toda la prensa, desde Brasil a Filipinas, desde el Tíbet hasta Marruecos. Bueno, en el Tíbet quizás no, pero esa imagen se convertiría en el símbolo de toda una época.

Le dijo a su mujer, que también estaba impresionada:

—Carmen, esto es una bomba, aquí y en Pompeya. ¡Si mi padre levantara la cabeza!

La mujer se había atrevido a objetar:

—Tomás, no quiero ser aguafiestas, pero si tenemos que vivir de las viudas de presidentes asesinados, apañados estamos.

El marido no se dignó contestarle, ¡la pobre era tan corta de miras! Hala, al peluquero y a la modista, que para otra cosa no valía.

Había insertado una nota de pago en *La Vanguardia* diciendo que «la mantilla que llevaba la señora viuda de Kennedy provenía de los afamados talleres de Muntaner y hermanos», su secretaria había guardado todos los recortes con las fotos de ese gran día y lo halagaba como solo ella sabía hacerlo:

—Señor Muntaner, esta hazaña pasará a la historia.

Él se hacía el modesto.

—No, Elvira, no, se llama ojo comercial, solo soy un humilde tendero, pero piense que lo he mamado desde la cuna, aunque es verdad que a nadie más se le hubiera ocurrido.

Sí, el golpe había estado bien. Pero ¿de qué le había servido en definitiva? ¿En dinero contante y sonante? Una carta de agradecimiento y para de contar. ¡Miseria y compañía! ¡Ni un pedido extra, nada! No se podía dar marcha atrás al reloj de la historia.

Cada vez que se acordaba de aquella gran oportunidad perdida echaba rayos, sapos y culebras por la boca y solta-

ba tantas insensateces que a veces su mujer temía que se hubiera vuelto loco:

—Si eso hubiera ocurrido unos años antes..., si ese hombre se hubiera dejado matar antes del concilio de los cojones... Es que nadie mira por mí, ¡lo tengo que hacer todo yo solo!

Porque había un culpable, no podía olvidarlo: ¡el papa!

Tomás Muntaner, como siempre que se tocaba el tema, que era cada día desde que ese fatídico 11 de octubre de 1962 lo había «arruinado», parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

—Cabrones, el papa, todos los papas, me cago en Dios..., sin velo ni mantilla..., qué será lo próximo, que las mujeres vayan en pelotas a la iglesia.

José María Llorens, hombre de humor irónico, no en vano se había educado en Inglaterra y estaba casado con una irlandesa, se llevó el cigarrillo a los labios para tratar de evitar una carcajada.

—Si te oyeran tu mujer o la mía...

—Mi mujer no tiene idea de nada, vive en su mundo particular, ya sabes que es medio gallega y los gallegos creen en las meigas. —De pronto se volvió hacia él con una determinación ciega, agitando los puños como en medio de una rabieta infantil—. ¿Sabes lo que te digo? Que sin velo no se puede ir al cielo. Estoy convencido.

—Tranquilízate, hombre, no se puede ser tan radical, los católicos no opinan así y lo sabes.

—Los católicos, los católicos —se mofó con voz meliflua, y luego lo miró con fingido asombro—, pero no hables de los católicos como si tú no lo fueras, que me estás pareciendo un hereje.

—Quizás la nueva misa es más cercana.

El otro masculló mientras le daba un sorbo a su copa de *champagne* y paseaba su mirada por el suntuoso jardín donde las encinas, grandes y solemnes, se recortaban contra el cielo de tinta azul-negro y se empezaba a oír el golpeteo del chuzo del sereno contra el empedrado:

—Cercana no, peor, como todo en esta mierda de país.

Su hermano Remigio, que había estado al teléfono tratando de solucionar el problema de un cliente de campanillas, no en vano era un penalista reputado, salió a la terraza cruzando los labios con el índice.

—Tomás, Tomás, cuidado con lo que dices, nunca se sabe qué oídos pueden estar escuchando. —Intercambió una mirada con José María, que puso los ojos en blanco mientras se tocaba la cabeza, y trató entonces de desviar la atención de su hermano del tema «mantillas»—. Pues no creas que en Francia están mejor, con esos estudiantes revoltosos que en mayo cometieron todas esas tropelías... Ahora están diciendo que pasarán a la historia.

Hizo el gesto en lo alto de desplegar un gran cartel.

—¡El Mayo del 68!

Los tres hombres se echaron a reír socarronamente y Tomás liquidó el mayo francés con un gesto despreciativo de boca.

—¿Historia? ¡Mis cojones! Bah, el verano los ha hecho reaccionar a todos, ¿no ves que son unos hijos de papá? Han ido a veranear a Saint-Tropez —ponía la boca de forma ridícula imitando el acento francés—, a Deauville..., y allí se les han pasado sus afanes revolucionarios. ¡Hasta deben ir a misa!

José María no pudo evitar apostillar:

—Pero sin mantilla.

El otro lo miró con suspicacia, por si acaso se mofaba de él, pero no atisbó signo de burla y repitió melancólicamente:

—Sin mantilla.